

amará a él y a vosotros no; y en los días de las grandes batallas a él le salvará, porque le conoce y le ama, y a vosotros no, porque ni os ama, ni os conocel...

Pero si el intermediario no tiene la caridad de Cristo, ¡ah! Señores, entonces esa caridad se trasforma en una especie de administración oficial, en que a la miseria se la inscribe en los registros y se la arroja por todo alivio unos papelillos o bonos.

¡Oh! esos ventanillos oficinescos junto a los cuales llora el pobre y se le presenta la cara indiferente y fría de un escribiente que tasa su miseria conforme a un libro de cuentas fijo... ¡Ah! ¿no sabéis, pues, lo que pasa?... He aquí lo que me contaba hace apenas tres meses una pobre mujer... Tenía sobre sus rodillas un niño enfermo, y yo le pregunté si era su primogénito... A esta palabra de *primogénito* vi que se contraía su rostro y se ponía pálido, y que se le agolparon a los ojos gruesas lágrimas. «No, señor, me contestó, tuve otro antes que éste, y le perdí el invierno pasado...» — «¡Pobre mujer!...» — «¡Oh! ¡si supiera usted lo que he sufrido!» Y me contó lo que voy a referiros. Llegaba en su seno al segundo hijo cuando cayó

enfermo el primero... Hizo llamar al médico de pobres que le visitó, pero el enfermito fué empeorando rápidamente, y bien presto entre su padre y su madre arrodillados junto a su cunita, murió...

El médico volvió otra vez, y en una hoja de papel extendió el certificado de la muerte del niño. El padre fué a llevar aquel papel al ventanillo de la oficina de beneficencia y pidió un ataudito: «Está bien», dijo el empleado, y no hubo más.

La madre, llorando y suspirando, había amordado por sí misma el podrecido cadáver, poniéndole majo por última vez; y como no tenían más que una habitación, el muertecito reposó en medio de ellos sobre su cuna... Pasaron dos días... y el ataúd no llegaba! El padre volvió a las oficinas... Se le dijo que el médico había olvidado en su declaración un detalle oficial indispensable. Fuese inmediatamente a casa del médico: «¡Ausente!...» Volvió de allí a un rato: «¡Ausente!...» Había entrado ya la noche y se volvió a su casa; el muertecito permanecía en ella. «¡Esposo mío! exclamó su mujer arrojándose a su cuello, yo ya no me atrevo a verle! mira...» y apartando la cabeza le mostró con el dedo la cuna. La muerte ¡ay! iba haciendo su obra, y el pequeño cadáver tan pálido el día



antes y tan blanco, y a los ojos de su madre, todavía tan hermoso, empezaba a ennegrecerse con grandes manchas... El hombre apretó los puños y los dientes; pero ¿qué hacer?... Ella, levantando la punta de su delantal para enjugarse las lágrimas, se fué a casa de una vecina rica, a pedirle una sábana, un lienzo, una cubierta, cualquiera cosa, para tapar a su pequeño... «Mire usted, han pasado ya dos días desde que se murió y no me dan ataúd, y ya está todo negro!... ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijín!» Y cuando el pequeño estuvo cubierto, procuraron dormirse. A la mañana siguiente, apenas amaneció, corrió el padre a casa del médico, el cual completó la declaración de oficio. La llevó enseguida a aquel frío ventanillo... El empleado la leyó lentamente: «Es preciso ahora, dijo éste con sequedad, un testimonio de vuestro patrón certificando que ganáis menos de diez reales diarios». — «¡Oh! creo que me voy a volver loco», exclamó el pobre hombre, mas con un violento esfuerzo reprimió su corazón. El patrón le dió el atestado pedido. Entonces el empleado de la caridad pública halló que ya todo estaba en regla y dijo: «Está bien, dentro de dos horas os llevarán el ataúd».

En efecto, cerca de mediodía llegó el pequeño ataúd, y el carpintero metió en él aquella horri-

ble cosa en que se había convertido el niño, el hijo, el muy querido de aquel obrero y de aquella pobre.

Después de esto, Señores, si creyerais que lo que resta en el corazón del pobre para con la caridad social así dispensada es un grande amor y reconocimiento a la sociedad, me pareceríais demasiado crédulos.

Y notad que el tal empleado procede con entera corrección. El reglamento administrativo exigía sin duda todos aquellos trámites... y por tanto su deber era sujetarse a ellos. Diré más aún, tal vez esa reglamentación sea muy prudente y aun necesaria para evitar abusos. Estoy dispuesto a concederle todo. Pero, no iréis a llamar a eso caridad, ¿no es cierto?... Y sin embargo, he ahí a dónde conduce, tarde o temprano, y fatalmente, esa designación de un intermediario entre vosotros y los pobres. He ahí adonde conduce esa natural repugnancia que sentís a salir de vuestro mundo para ir al mundo del pobre.

Hay además otra causa.

Esa misma repugnancia que sentís vosotros, la sienten de igual modo vuestros amigos, vuestras amigas, y todo el grupo mayor o menor



de las personas con quienes vivís y os relacionáis, siguiendo los unos el ejemplo de los otros; y apoyándose cada una de esas debilidades particulares en el conjunto de todas las demás debilidades, se forma una especie de consentimiento unánime y de unánime connivencia, cuyo resultado es el apotegma: «Eso no se hace entre nosotros, en el mundo aristocrático, en nuestro mundo». Generalizad ese apotegma y llegaréis a esta ley: «El mundo de los ricos no admite que uno descienda al mundo de los pobres». Lo cual equivale a decir que la caridad personal no es de buen tono, no es admisible en el mundo de los ricos!

En otros términos todavía, á vuestras repugnancias personales se agrega la repugnancia convencional de las leyes mundanas que, cuando vuestro generoso corazón os impulsa á practicar la caridad, os gritan: «¡Deteneos!... esas cosas no dicen bien con vuestra posición! ¡Eso no se hace!»

Bien sé yo que ese lenguaje es falso y yo mismo conozco entre vosotros tantas almas admirables que no hacen caso de semejante lenguaje, que no puedo menos de protestar contra él con todas mis fuerzas. ¡Oh! ¡a cuántas de ellas he sorprendido yo en esas benditas moradas del pobre, que habían ido en secreto y ocul-

tándose a derramar allí, como hacía Jesucristo, el amor de su corazón... y cuán grato era ver a los desheredados con la sonrisa de sus labios, con la expresión de sus ojos, con el apretón de sus manos, mostrar el contento que sentían al recibir el bálsamo del consuelo y saborear el vino de la fortaleza y del aliento!

Pero confesadlo, por bellas y generosas que sean esas almas, son excepcionales y raras... y de ningún modo ha sido la etiqueta, ni el hábito mundano quien las ha conducido por esos caminos.

Un tercer obstáculo al desarrollo de vuestra caridad personal es la desconfianza del pobre. Os sentís tentados a considerarle como ingrato, y sobre todo como engañador, y receláis llegar á ser sus víctimas. En consecuencia encargáis el cuidado de llevarle vuestras limosnas a gentes más hábiles que puedan conocerle y estudiarle mejor, y más resueltas a tomar en las agencias los informes convenientes. Venimos, pues, a parar al intermediario de hace poco... y fatalmente llegará también éste a ser esa cabeza fría, esa mirada de mármol que repela a través del silencioso ventanillo de un despacho de administración pública.

Hay además otras razones, pero de orden tan fútil, que en verdad, no me atrevo á repetir las



aquí. Así es un principio admitido y que se enuncia con aire de admiración y expresión de terror, que acercarse a los pobres es exponerse a contraer enfermedades!... Lo cual implica naturalmente que sólo entre los pobres hay enfermedades, y que no se contraen en las casas de los ricos.

¡Ah! comprendo fácilmente, Señores, y apruebo que una madre de familia que tiene niños pequeños no éntre en una casa de pobres en que haya casos de difteria, de viruela, de sarampión ó de escarlatina. Pero fuera de esos casos precisos y concretos, y siempre particulares, llevar la prudencia á extremos tan desmesurados, confesad que es poco razonable, y sobre todo poco cristiano.

¿No sabéis que sin permiso de Dios no caerá ni un sólo cabello de vuestras cabezas?

Una de mis amigas de la infancia, madre tiernísima y amantísima, en el momento de partir a su casa de campo, llega a saber que en los alrededores de su chalet reina el garrotillo... y ella tiene un niño pequeño. Enseguida se da contraorden, y el padre, la madre y el niño van a pasar el verano a un sitio delicioso de Suiza, en el pintoresco valle de Engadina. Pasada la estación calurosa vuelven los tres rebosando salud y la madre triunfante. Apenas instalados

de nuevo en su hotel de la capital, la primera cosa que hace el niño es contraer la difteria o garrotillo, y la segunda pegársela o transmitírsela a su padre.

No llevemos, por Dios, tan al extremo la prudencia, y extrememos un poco más el valor.

Reinaba el cólera en Roma, y ante el terrible fantasma huían grandes y ricos... era preciso contener aquella emigración cobardel. Un sacerdote, familiar del Papa, un grande y noble corazón, Merode, fué a ver al Pontífice. «Padre Santo, le dijo con su militar franqueza, es necesario un gran ejemplo: vaya V. S. misma a visitar el hospital de los coléricos». Pío IX, que tenía el alma enteramente abierta al heroísmo, no vaciló un punto; se levantó y enseguida, con Merode, fué de cama en cama visitando y bendiciendo a aquellos desgraciados.

Al regresar de aquel acto, los encontró el Cardenal Antonelli; y como hábil cortesano, después de haber admirado la magnanimidad de su señor, volviéndose a Merode le reprendió por haber expuesto inconsideradamente los preciosos días del Papa... Merode escuchaba. Cuando hubo terminado el Cardenal:—«¿Y qué?» le preguntó.—«¡Cómo! ¿Y qué?... ¿Y si a consecuencia de eso muriere el Padre Santo?»—«¡Moriría como debe saber morir un Papal!»



¿Y si a consecuencia de esas visitas murierais vosotras, Señoras, y si murierais vosotros, Señores?

¡Moriríais como deben saber morir unos cristianos y unas cristianas!

No insisto más sobre este punto, de cuyo insignificante obstáculo he querido desde luego dejar desembarazado mi camino.

Réstanos ahora ver el valor de los tres obstáculos serios anteriormente indicados.

Repugnancia personal.

Repugnancia convencional del mundo y de sus costumbres.

Desconfianza del pobre.

No he negado yo la repugnancia personal y natural.

La cuestión es saber si no conviene vencerla.

También sentimos repugnancia, Señores, a casi todos nuestros deberes; y sin embargo sólo es grande y digno aquel que marcha hollando sus repugnancias por permanecer fiel; que mortifica su naturaleza para someterla al yugo del deber.

Por lo demás, creedme: esas rebeliones no solamente caen a la primera embestida, sino que son mucho más imaginarias que reales.

¡Lo que os asusta en el pobre es el exterior, la superficie, la corteza!

Penetrad más adentro, y encontraréis el corazón y el alma... y ese corazón, esa alma, es vuestra alma, es vuestro corazón, el alma y el corazón humano. Dios no los ha hecho para ellos diferentes que para vosotros. Descubriréis en ellos grandezas y pequeñeces siempre idénticas, generosidades y cobardías siempre semejantes, los veréis unas veces remontándose hasta el heroísmo y otras degradándose hasta la abyección... el hombre, en fin, el hombre tan noble y tan vil, tan amable y tan aborrecible... a vosotros, a vosotros mismos! ¿Sabéis lo que no encontraréis en ellos?... Ese formalismo estrecho y mezquino de la convención mundana, que os obliga á contener vuestros sentimientos dentro de una medida contrastada por el uso, y tan pequeña, que en ella se asfixian y perecen. El pobre no tiene semejantes reparos, su corazón va todo entero al amor o al odio; y como va y a donde va su corazón, va su pensamiento; y como va y a donde va su pensamiento, va su lengua!

¡En lo cual no sé yo si no os parecerá más amable!

¡Oh! ¡si os acercáis a él, le amaréis tan presto!

¡Y os será tan dulce su amor!...



Os causa repugnancia, porque no le conocéis; y no le conocéis, porque os parece difícil el acceso a su trato: y teméis abordarle, porque espantados de las exterioridades y apariencias, no penetráis hasta su alma.

Pero en realidad, ¿son tan insuperables y espantosas las dificultades que se os presentan?

Consideradlas bien; ¿se reducen a tan poca cosa!... El atravesar una calle muy vulgar, tal vez el subir una escalera muy pendiente y acaso sucia, y después en la habitación del infeliz o de la desgraciada la falta de orden, el amontonamiento de objetos pobrísimos, el no haber más que un taburete por todo asiento, el desagradable olor del puchero pobre en el que se está cociendo su comida... en fin, ¿qué sé yo? mil cosas más, si queréis, pero todas del valor de las que acabo de indicaros...

¡Ah! guárdeme Dios de negarlo, el atravesar las magníficas y anchurosas calles en que tenéis vuestros palacios, el subir por vuestras soberbias escaleras, hollando vuestras muelles alfombras, el entrar en vuestros salones enteramente perfumados de finas esencias, el veros, el hablaros, el escucharos, todo eso es infinitamente más dulce y el corazón reposa en ello más a gusto.

Mas ¿por Dios! ¿dónde estaría entonces vues-

tro valor, si retrocedierais ante las pequeñas repugnancias exteriores, que acabo de indicaros?... ¿Dónde estaría entonces la energía de vuestros caracteres si no supierais venceros en cosas tan mínimas? ¿Creéis verdaderamente que la vida elevada, la vida digna, la única verdadera vida no os exigirá a cada instante sacrificios y victorias mucho más crueles?

Recuerdo un rasgo de la vida de M. Swetchine que siempre me ha impresionado mucho. Era entonces jovencita y con frecuencia su padre la mandaba que fuera a buscar en la biblioteca tal o cual libro que le señalaba. La niña iba allá y todos sabían lo que aquello le costaba a su corazón, porque... había en aquella biblioteca una momia erguida, pegada al muro, arrugada y siniestra, y aquella figura negra que se estremecía convulsivamente con los pasos dados en el pavimento, aquellas manos negras desecadas, aquellos pies negros retorcidos, que salían por entre la amarillenta red de los vendajes, todo aquel cuerpo humano rígido y frío, conservado allí como un mármol, le producía espanto y escalofríos. Entraba con mucho ánimo, miraba fijamente aquella cosa deforme y horrible, tomaba el libro, y salía huyendo a escape como



si aquel muerto fuera a seguirla. Un día, avergonzada de sí misma, irritada contra aquellos terrores locos que no sabía dominar, quiso concluir con ellos de una vez. Tomó, pues, una silla, se subió a ella, estrechó entre sus brazos la momia, y cerrando los ojos, le dió un beso en la frente. El esfuerzo había sido demasiado grande: ¡la pobrecita cayó desvanecida!

Al ruido acudieron los de casa, la hicieron volver en sí, contó ella lo ocurrido, de lo que se rieron no poco... Pero desde aquel día le desapareció todo terror. Se había vencido y la victoria le duró hasta el fin.

Con semejantes ensayos es como se templan los caracteres.

Los pobres son momias para vosotros, y la asustadiza cobardía humana os las representa nauseabundas y horripilantes.

Acabad también de una vez con esa espantosa representación. Id a ellos, estrechadlos entre vuestros brazos, ponédlos sobre vuestro corazón, y... desde luego salgo garante de que no os desvaneceréis. Y después, Señores, gustaréis de ese delicioso sabor de la virtud y del bien practicado, que Dios parece reservar más suave y más fino para aquellos que sirven a sus privilegiados, a sus pobres. No temo ser contradicho por nadie. Hay en la caridad personal, en el

contacto y el comercio con el pobre un encanto misterioso y una dulzura que sólo comprenden los que lo han gustado, y cuyo corazón no lo echa en olvido jamás.

¡Ánimo, pues, Señores; ánimo, pues, Señores! ¡Sabed venceros!

Cuando hayáis vencido de esta suerte vuestras repugnancias personales os quedarán por vencer las repugnancias convencionales del mundo que os gritará: «¡Oh! no, no, esas cosas no se hacen!»

Me paseaba yo un día junto al mar, sobre el dique... Vimos venir hacia nosotros en un cochecito empujado por un sirviente a un pobre niño enfermo. Una señorita de unos quince años que iba cerca de nosotros, en uno de esos bellos arranques del corazón que suele haber a esa edad, exclamó: «¡Mamá, mamá, un niño enfermo!...» y con los brazos extendidos se precipitó hacia él. «¡Chiquilla! gritó su madre, ¡te quieres estar aquí!? ¡Parece que te has vuelto loca! ¡Eso no se hace!»

Yo permanecí silencioso, porque decir todo lo que se piensa «eso tampoco se hace...» pero contemplaba dentro de mí mismo a aquella joven amante y generosa, rechazando de su cora-



zón la divina ternura que Dios había hecho brotar en él... ¡Oh! ser buena, y mostrarlo, ser compasiva y dejarlo ver, derramar un poco de afecto en aquel pequeño paciente, hacerle sonreír con la influencia de su propia sonrisa!... ¡oh! «eso no se hace!» ¡Qué lección caída en aquella alma! ¡Oh! ¡qué cosas esas que no se hacen!...

Ved reunidos en una sala pobre esos muchos mendigos ambulantes a quienes solía verse otras veces recorriendo vuestras ciudades con su organillo a la espalda y su marmota en los brazos. Son unos treinta o cuarenta, sentados en toscos escaños... ¿en qué venían a parar en París esos pobrecitos abandonados, lejos de su padre y de su madre?... Se los ha buscado y reunido y ahora que es domingo, y que no pueden trabajar, se les enseña el catecismo. Sus maestros son tres jóvenes cuyo porte y aire distinguido hacen sospechar su nobleza, porque ese porte y esa distinción apenas suelen encontrarse más que en ese mundo, donde no se hacen esas cosas... La historia ha conservado sus nombres. Eran Alejo de Noailles, Mateo de Montmorency y el primer matemático de nuestro siglo Agustín Cauchy.

¡Ah! ¡las cosas que no se hacen!

Dios ha hecho, Señores, a nuestra naciente patria una gracia incomparable; le ha dado para

ceñir su primera corona una Reina que todo el pueblo, por aclamación unánime, llamó con este glorioso nombre: ¡la Santa!

Los tiempos trascurren veloces y velozmente se llevan los muertos y sus recuerdos. La generación que hoy asciende ignora tal vez lo que voy a decir, pero nosotros, la generación que desciende, sabemos con qué aureola de amor resplandecía su nombre, sabemos qué duelo tan general causó su muerte y las lágrimas que por ella se derramaron de un extremo a otro del país.

Pues bien, Luisa María de Orleans visitaba personalmente a los pobres. En Bruselas, en Ostende, en Lacken, iba acompañada de una de sus damas, entraba en la casita de aquellas pobres gentes, subía la pendiente escalera que conducía a aquellos miserables cuartuchos, se sentaba en ellos, les hablaba, acariciaba a sus niños... No siempre se la descubría, y se preguntaban los visitados y los vecinos quién podría ser aquella desconocida tan amable y tan bondadosa... Pero con más frecuencia se le hacía traición, y como reguero de pólvora corría de unos a otros por lo bajo la voz: «¡La Reina! ¡la Reina!» y cuando bajaba de vuelta, en todas las puertas vecinas, en la callejuela y en las bocacalles, se agolpaban para verla las mujeres arreglando a toda prisa bajo sus blancas cofias